

la posición y arrojaron en el Nilo á una multitud de genzaros y de fellahs. Muchos se ahogaron; pero como los egipcios son excelentes nadadores, los más de ellos pudieron salvarse.

Había concluído la jornada: los árabes, que estaban cerca de las pirámides esperando la victoria, se internaron en el desierto. Murad, con los restos de su caballería y el rostro cubierto de sangre, se retiró hacia el alto Egipto; mientras Ibrahim, después de contemplar el desastre desde la orilla opuesta, se dirigía hacia Belbeys para retirarse á Siria. Los mamelucos pegaron fuego á los *djermes* que conducían sus riquezas; esta presa se nos escapó, y nuestros soldados vieron durante toda la noche cómo devoraban las llamas un rico botín.

Bonaparte estableció su cuartel general en Giseh, en las orillas del Nilo, donde Murad tenía una magnífica morada. Halláronse en Giseh y en Embabeh considerables provisiones, y nuestros soldados tuvieron una compensación por sus largas privaciones; había viñas cubiertas de magníficos racimos en los jardines de Giseh, que vendimieron muy pronto, y en el campo de batalla hallaron un botín de otra especie, consistente en preciosos chales, magníficas armas, caballos y bolsas, que contenían hasta doscientas y trescientas monedas de oro, pues los mamelucos llevaban todas sus riquezas consigo. Los soldados pasaron la tarde, la noche y el día siguiente recogiendo despojos. Habían perecido de quinientos á seiscientos mamelucos, y más de mil se ahogaron en el Nilo. Los soldados se ocuparon en pescarlos para despojarlos de lo que tenían y entretuvieron algunos días en esta extraña operación.

La batalla nos había costado apenas un centenar de hombres entre muertos y heridos, pues si la derrota es terrible para los cuadros desbaratados, la pérdida es nula para los victoriosos. Los mamelucos habían perdido sus mejores jinetes por el fuego y las aguas; sus fuerzas estaban dispersas y teníamos asegurada la posesión del Cairo. Reinaba en esta capital el mayor desorden, pues contiene más de trescientos mil habitantes, y la ocupa un populacho feroz y embrutecido, que se entregaba á toda clase de excesos, y quería aprovecharse del desorden para saquear los ricos palacios de los beys. Por desgracia aun no había subido el Nilo la escuadrilla francesa, y no podíamos atravesarle para ir á tomar posesión del Cairo. Los jeques enviaron á Bonaparte algunos mercaderes franceses, de los que residían allí, para acordar la manera de ocupar la ciudad. Proporcionóse al general algunos *djermes* para enviar un destacamento que restableciese el orden y librase las personas y propiedades de la saña de la población, entrando al día siguiente en el Cairo y tomando posesión del palacio de Murad-Bey.

No bien se vió establecido en el Cairo, se apresuró á usar de la política que adoptó en Alejandría á fin de ganarse el país por este medio. Visitó á los principales jeques, les lisonjeó, les dió esperanzas de restablecer la dominación árabe, les prometió conservar su culto y sus costumbres, y logró completamente captarse su afecto, valiéndose de halagos y de severidad y empleando la ostentación oriental. Lo esencial era obtener de los jeques de la mezquita de Jemil-Azar una declaración en favor de los franceses, que era como un breve del papa entre los cristianos. Bonaparte desplegó en-

tonces toda su astucia, y lo logró completamente. Los grandes jeques hicieron la deseada declaración, y obligaron á los egipcios á someterse al enviado de Dios, que respetaba al profeta y que llegaba á vengar á sus hijos de la tiranía de los mamelucos. Bonaparte estableció en el Cairo un diván como lo había hecho en Alejandría, compuesto de los principales jeques y de los habitantes más distinguidos. Este diván ó consejo municipal debía servirle para captarse la benevolencia de los egipcios, consultándoles, y para instruirse por su medio de todas las circunstancias de la administración interior. Convínose en establecer otros semejantes en todas las provincias, y que estos divanes particulares enviarían diputados al del Cairo, que sería por lo tanto el gran diván de la nación.

Bonaparte resolvió que los cadíes continuasen ejerciendo la administración de justicia, y según su proyecto de suceder en los derechos de los mamelucos, se apoderó de sus propiedades, mandando seguir en favor del ejército francés el cobro de derechos anteriormente establecidos. Para lograr esto necesitaba tener á los coptos á su disposición, y nada omitió con el fin de granjearse su afecto, dándoles esperanzas de que mejoraría su suerte. Mandó salir algunos generales con destacamentos para arreglar la ocupación del Delta, que hasta entonces sólo habían atravesado, bajando por el Nilo. Envió algunos al Nilo superior, para tomar posesión del Egipto central, y situó á Desaix con su división á la entrada del alto Egipto, que debía conquistar á Murad-Bey cuando bajasen las aguas del Nilo, en el otoño. Cada general, llevando al efecto circunstanciadas instrucciones, debía repetir en todo el país lo mismo que se había hecho en Alejandría y el Cairo, valiéndose de los jeques, granjeándose el afecto de los coptos y estableciendo el cobro de los impuestos para atender á las necesidades del ejército.

Bonaparte se ocupó en seguida de la salud y comodidades de sus soldados, á quienes empezaba á agrandar el Egipto, porque hallaban en él reposo, abundancia y un clima saludable y puro. Se acostumbraban á los extraños usos de un país, que convertían en continuo objeto de sus bufonadas; pero adivinando con su natural sagacidad la intención del general, aparentaban también respeto al profeta, y se mofaban con él del papel que la política les obligaba á representar. Bonaparte hizo construir hornos para que tuviesen pan, y les acuarteló en las hermosas habitaciones de los mamelucos, encargándoles sobre todo que respetaran á las mujeres. Hallaron en Egipto hermosos asnos en gran número, y se divertían en ir por los alrededores galopando con ellos por medio de los campos. Su precipitación causó algunas desgracias entre los graves habitantes del Cairo, y hubo de prohibirse que atravesasen tan de prisa. La caballería iba montada en los mejores caballos del mundo, es decir, en los caballos árabes cogidos á los mamelucos. Bonaparte también se dedicó á conservar las relaciones con los países vecinos, para sostener y apropiarse el rico comercio de Egipto. Nombró él mismo al oficial elegido anualmente en el Cairo para proteger la gran caravana de la Meca, el emir-haggi, y escribió á todos los cónsules franceses de la costa de Berbería para noticiar á los beys que ya estaba nombrado el emir-haggi y que podrían partir las caravanas. Hizo que los jeques escri-

biesen al *scheref* de la Meca que los peregrinos serían protegidos y que las caravanas encontrarían seguridad y protección. El bajá del Cairo había seguido á Ibrahim-Bey á Belbeys, y Bonaparte les escribió, así como á los varios bajás de San Juan de Acre y de Damasco, asegurándoles las buenas intenciones de los franceses hacia la Sublime Puerta. Por desgracia estas últimas precauciones eran inútiles, pues difícilmente se persuadían los oficiales de la Puerta de que fueran realmente sus amigos los franceses que iban á invadir una de las más ricas provincias de su soberano.

Los árabes estaban admirados del carácter del joven conquistador; no comprendían que un mortal que fulminaba el rayo fuera tan clemente; llamábanle digno hijo del profeta y favorito del gran Alá; y habían cantado en la gran mezquita la siguiente letanía:

«El gran Alá no está ya irritado contra nosotros; ha olvidado nuestras faltas, harto castigadas por la larga opresión de los mamelucos. ¡Cantemos las misericordias del gran Alá!

»¿Quién es aquel que ha salvado de los peligros del mar y del furor de sus enemigos al *Favorito de la victoria*? ¿Quién es aquel que ha conducido sanos y salvos á las riberas del Nilo á los *bravos del Occidente*?

»Es el gran Alá, el gran Alá que no está ya irritado contra nosotros. ¡Cantemos las misericordias del gran Alá!

»Los beys mamelucos tenían confianza en sus caballos, los beys mamelucos habían alineado su infantería en orden de batalla;

»Pero el *Favorito de la victoria*, á la cabeza de los *bravos del Occidente*, aniquiló la infantería y los caballos de los mamelucos.

»Y así como los vapores del Nilo que se elevan por la mañana se desvanecen á los primeros rayos del sol, así el ejército de los mamelucos se disipó ante los *bravos del Occidente*, porque el gran Alá está irritado ahora contra los mamelucos, y porque los *bravos del Occidente* son el ojo derecho del gran Alá.»

Para familiarizarse más con las costumbres de los árabes, Bonaparte quiso asociarse á sus fiestas, y asistió á la del Nilo, que es una de las más grandes del Egipto. Aquel río es el bienhechor del país, y por eso le veneran mucho los habitantes y es objeto de una especie de culto. Durante la inundación, introdúcese en el Cairo por un gran canal, cuya entrada le cierra un dique hasta que llega á cierta altura; entonces se corta aquél, y el día destinado á la operación es de gran regocijo. Anunciase primero la altura que alcanzan las aguas, y cuando se espera una gran inundación, reina la mayor alegría, porque es un presagio de abundancia. El 18 de agosto (1.º fructidor) es cuando se celebra esta especie de fiesta: Bonaparte había mandado á todo su ejército tomar las armas, alineándole después á orillas del canal; había acudido un pueblo inmenso, y veía con gusto á los *bravos del Occidente* asistir á sus regocijos: Bonaparte, á la cabeza de su estado mayor, acompañaba á las principales autoridades del país. Un jeque dió principio á la ceremonia anunciando la altura á que había llegado el Nilo; era de veinticinco pies, y esto causó una gran alegría, comenzándose en seguida á trabajar en el corte del dique. Toda la artillería francesa tronó á la vez en el momento de precipitarse las aguas del río; y según la

costumbre, una infinidad de barcas se lanzaron en el canal, para obtener el premio destinado á la que llegase primero. Bonaparte le dió por su propia mano. Muchos hombres y niños se sumergían en las aguas del Nilo, atribuyendo á este baño propiedades benéficas, mientras las mujeres arrojaban cabellos y pedazos de tela. Bonaparte mandó iluminar después la ciudad, y el día concluyó con los festines. La fiesta del profeta no se celebró con menos pompa. Bonaparte fué á la gran mezquita; sentóse en unos cojines con las piernas cruzadas como los jeques; dijo con ellos las letanías del profeta, balanceando la parte superior del cuerpo y moviendo la cabeza, y edificó así á todo el santo colegio con su piedad. Después asistió á la comida que daba el gran jeque, elegido aquel día.

Por todos estos medios conseguía el joven general, tan profundo político como gran capitán, granjearse el afecto del país. Lisonjeando momentáneamente las preocupaciones, trabajaba para difundir un día la ciencia, por la creación del célebre Instituto de Egipto. Reunió á los sabios y artistas que le acompañaban, y asociándolos á varios de sus oficiales más instruidos, formó aquel Instituto, al que destinó algunas rentas y uno de los más hermosos palacios del Cairo. Los unos debían ocuparse en hacer una descripción exacta del país, trazando el mapa más detallado; los otros estudiarían las ruinas, dando nuevas luces para la historia; algunos debían estudiar los productos, haciendo observaciones útiles para la física, la astronomía y la historia natural, y los demás, en fin, se ocuparían en el estudio de las mejoras que podrían introducirse para el bienestar de los habitantes, por las máquinas, los canales, los trabajos en el Nilo y todos los procedimientos propios para aquel suelo sin igual, tan distinto del de Europa. Si la fortuna debía arrebatarnos alguna vez aquel magnífico país, no podría despojarnos por lo menos de las conquistas que la ciencia hiciese; preparábase un movimiento que debía honrar el genio y la constancia de nuestros sabios, tanto como la expedición honra el heroísmo de nuestros soldados.

Monge fué el primero que obtuvo la presidencia, y Bonaparte el segundo, proponiéndose éste las cuestiones siguientes: buscar la mejor construcción de molinos de agua ó viento; substituir el lúpulo, de que carece el Egipto, en la fabricación de la cerveza; determinar los sitios propios para el cultivo de la viña; indagar el mejor medio para facilitar agua á la ciudad del Cairo; abrir pozos en diferentes puntos del desierto; buscar un medio para clarificar y refrescar el agua del Nilo; ver de qué manera podrían utilizarse los escombros que obstruían la ciudad del Cairo, así como todas las antiguas del Egipto, y buscar las materias necesarias para la fabricación de la pólvora en el país. Por estas cuestiones se puede inferir cuál era el espíritu del general. Acto continuo se diseminaron por todas las provincias los ingenieros, los dibujantes y los sabios para comenzar la descripción y la carta geográfica del país. Tales eran las atenciones de aquella colonia naciente y el modo de dirigir sus trabajos el fundador. La conquista de las provincias del Egipto central é inferior se hizo sin obstáculos, costando sólo algunas escaramuzas con los árabes; había bastado una marcha forzada sobre Belbeys para rechazar á Ibrahim-Bey hasta Siria. Desaix espe-

raba el otoño para tomar el alto Egipto á Murad Bey, quien se había retirado con los restos de su ejército.

Pero *entretanto, la fortuna acababa de afligir á Bonaparte con el más temible de todos los descalabros. Al salir de Alejandría había recomendado eficazmente al almirante Brueys que pusiera su escuadra al abrigo de los ingleses, ya haciéndola entrar en Alejandría ó bien dirigiéndola sobre Corfú; pero sobre todo que no permaneciese en la rada de Abukir, pues era mejor encontrar al enemigo en marcha que recibirle anclado. Suscitóse una viva discusión sobre si era posible hacer entrar en el puerto de Alejandría los navíos de ochenta y de ciento veinte cañones; para los demás no había duda; pero en cuanto á los dos de ochenta y de ciento veinte era preciso aligerarlos para que ganasen tres pies de agua; y á fin de conseguirlo, necesitábase desarmarlos ó construir nuevos aparejos. El almirante Brueys no quiso hacer entrar su escuadra en el puerto con semejante condición, pues pensaba que al adoptar tales precauciones para sus tres buques más fuertes no le sería dado nunca salir del puerto en presencia del enemigo, y que podría quedar bloqueado por una escuadra muy inferior en fuerza. Resolvió, pues, marchar á Corfú; pero siendo muy apasionado por el general Bonaparte, no quería hacerse á la vela sin recibir noticias de su entrada en el Cairo y de su establecimiento en Egipto. El tiempo que empleó, ya en hacer sondear los pasos de Alejandría, ó bien esperando noticias del Cairo, le perdió, ocasionando uno de los más funestos acontecimientos de la revolución y uno de los que en aquella época influyeron más en los destinos del mundo.

El almirante Brueys había anclado en la rada de Abukir, que forma un semicírculo muy regular; y nuestros trece navíos presentaban una línea también semicircular, paralela al río. A fin de asegurar su línea de anclaje, el almirante la apoyó por un lado hacia una pequeña isla, llamada islote de Abukir, suponiendo que no podría pasar un navío entre este islote y su línea, para sorprenderle por la espalda; en esta creencia, contentóse con situar en él una batería de á doce, sólo para impedir que desembarcase el enemigo. Creíase tan inatacable por aquel lado, que puso sus peores navíos. Inspirábase más temores la otra extremidad de su semicírculo, porque creía posible que el enemigo pasara entre la orilla y su línea de anclaje, y de consiguiente situó allí los navíos más fuertes y mejor mandados. Además de esto, tranquilizábase una circunstancia importante, y era que, hallándose su línea al Mediodía y soplando el viento del Norte, el enemigo que quisiera atacarle por aquella parte tendría el viento contrario, y no se expondría sin duda á luchar con semejante desventaja.

En aquella situación, protegido hacia su izquierda por un islote, que él creía suficiente para cerrar la rada, y á la derecha por sus mejores navíos y el viento, esperó tranquilo las noticias que debían decidir su marcha.

Nelson, después de haber recorrido el Archipiélago, volviendo al Adriático, á Nápoles y á Sicilia, obtuvo al fin la certidumbre del desembarco de los franceses en Alejandría; y al instante tomó aquella dirección, á fin de alcanzar su escuadra y combatirla. Destacó una fragata para buscarla y reconocer su posición, y habiendo

llegado aquélla á la rada de Abukir, pudo observar perfectamente nuestra línea de anclaje. Si el almirante, que tenía en el puerto de Alejandría muchas fragatas y barcos ligeros, hubiese tomado la precaución de conservar algunos á la vela, habría podido mantener siempre á distancia respetuosa á los ingleses, impidiendo que observaran su línea, y además tendría conocimiento de su aproximación; pero desgraciadamente no hizo nada. La fragata inglesa, después de terminar su reconocimiento, volvió en busca de Nelson, quien informado de todos los detalles de nuestra posición, maniobró al punto hacia Abukir, llegando el 14 termidor (1.º de agosto) hacia las seis de la tarde. El almirante Brueys estaba comiendo, y dió al punto la señal de combate; pero esperábase tan poco recibir al enemigo, que en ningún navío se había hecho el zafarrancho y parte de la tripulación se hallaba en tierra. El almirante envió oficiales para recoger á los marineros y reunir una parte de los que estaban en los convoyes; no creía que Nelson le atacase aquella misma tarde, y esperaba tener tiempo para recibir los refuerzos pedidos.

Sin embargo, Nelson resolvió atacar en el acto, intentando una maniobra audaz, de la cual esperaba el éxito del combate: quiso abordar nuestra línea por la izquierda, ó sea por el islote de Abukir, pasar entre éste y nuestra escuadra, á pesar del riesgo que ofrecían los bajos, y colocarse así entre la orilla y nuestra línea de anclaje. La maniobra era peligrosa, pero el intrépido inglés no vaciló; el número de navíos era igual por ambas partes; contábanse trece de alto bordo, y habiendo atacado Nelson á eso de las ocho de la noche, su maniobra no fué al principio feliz. El *Culloden*, que trataba de pasar entre el islote de Abukir y nuestra línea, encalló en un bajo; el *Goliath*, que le seguía, fué más feliz y pasó; pero impelido por el viento, adelantóse á nuestro primer navío, y no pudo detenerse hasta la altura del tercero. Los navíos ingleses el *Celoso*, el *Audaz*, el *Teseo* y el *Orión* siguieron el movimiento, logrando situarse entre nuestra línea y la orilla; avanzaron hasta el *Tonante*, que era el octavo, y empeñaron la lucha con nuestra izquierda y centro. Los demás navíos adelantaron por fuera de la línea, cogiéndola entre dos fuegos; y como no se esperaba en la escuadra francesa el ataque por aquel lado, las baterías situadas allí no estaban aún dispuestas; nuestros dos primeros buques no pudieron hacer fuego sino por una parte; y fué preciso abandonar el uno, quedando desarbolado el otro. En el centro, donde se hallaba el *Oriente*, navío almirante, el fuego fué terrible; el *Belerofonte*, uno de los principales navíos de Nelson, quedó sin jarcias y desarbolado y hubo de amainar; mientras que otros navíos ingleses, maltratados horriblemente, debieron alejarse del lugar de la lucha. El almirante Brueys no había recibido sino una parte de sus marineros; pero sosteníase con ventaja, y hasta esperaba alcanzar la victoria, á pesar del buen éxito de la maniobra de Nelson, si se ejecutaban las órdenes que daba en aquel momento.

Los ingleses no habían empeñado el combate sino con la izquierda y el centro; nuestra derecha, compuesta de los cinco mejores navíos, no tenía ningún enemigo ante sí. El almirante Brueys les hacía señal de hacerse á la vela, para estrecharse exteriormente sobre la línea de batalla; pues por medio de esta maniobra, los

navíos ingleses que nos atacaban por fuera habrían quedado cogidos entre dos fuegos; pero las señales no fueron vistas.

En semejante caso, un subalterno no debe vacilar en correr al peligro, volando en auxilio de su jefe; pero el contraalmirante Villeneuve, intrépido aunque irresoluto, permaneció inmóvil esperando siempre órdenes. Nuestra izquierda y el centro continuaron, pues, entre dos fuegos; pero el almirante y sus capitanes hacían prodigios de valor, sosteniendo gloriosamente el honor del pabellón. Habíamos perdido dos navíos, y otros tantos los ingleses, hallándose uno de ellos encallado y el otro sin arboladura.

El desgraciado Brueys, herido al fin, no quiso abandonar el puente de su navío. «Un almirante, exclamó, debe morir dando órdenes.» Una bala de cañón le mató en el banco de popa. A eso de las once se prendió fuego á su magnífico navío el *Oriente*, que voló por los aires, y la espantosa explosión suspendió por algún tiempo aquella lucha encarnizada. Sin intimidarse por esto, nuestros cinco navíos, el *Franklin*, el *Tonante*, el *Pueblo Soberano*, el *Espartano* y el *Aguilón*, sostuvieron el fuego toda la noche: aún era tiempo de que nuestra derecha levase anclas para venir en nuestro auxilio, y Nelson temía que se ejecutase aquella maniobra, porque estaba tan maltratado, que no hubiera podido sostener el ataque. Villeneuve se hizo al fin á la vela; mas fué para retirarse y salvar su ala, que no creía capaz de oponerse á Nelson con ventaja. Tres de sus navíos encallaron en la costa; y él se salvó con los dos restantes y dos fragatas, enderezando el rumbo hacia Malta.

El combate duró más de quince horas, y todas las tripulaciones atacadas hicieron prodigios de valor. El intrépido capitán Du Petit-Thouars había perdido dos miembros, y mandó que le llevasen tabaco, permaneciendo sentado en el banco de popa, y esperando como Brueys que le matase otra bala de cañón. Toda nuestra escuadra, excepto los navíos y fragatas que se llevó Villeneuve, quedó destruída, y Nelson tan mal parado, que no pudo perseguir á los navíos fugitivos.

Tal fué la célebre batalla naval de Abukir, la más desastrosa que hasta entonces hubiese experimentado la marina francesa, y cuyas consecuencias debían ser las más funestas. La escuadra que había llevado á Egipto á los franceses, que podía auxiliarlos ó reunirlos, que debía secundar sus movimientos en las costas de Siria, que debía imponer á la Puerta, obligándola á contentarse con buenas palabras y á tolerar la invasión de Egipto, y que debía, en fin, volver á los franceses á su patria, en caso de una derrota, esta escuadra estaba completamente destruída, y los navíos franceses quemados, pero no éramos nosotros los que les habíamos prendido fuego, lo cual era muy distinto para el efecto moral. La noticia del desastre circuló rápidamente por

Egipto, causando un momento de desesperación al ejército; pero Bonaparte la recibió con impasible calma. «Pues bien, dijo, es preciso morir aquí, ó salir grandes como los antiguos.» Acto continuo escribió á Kléber diciéndole: «Esto nos obligará á hacer cosas más grandes de las que queríamos: es preciso, pues, estar dispuestos.» La gran alma de Kléber era digna de este lenguaje. «Sí, contestó, debemos hacer ahora grandes cosas; yo preparo mis facultades.» El valor de estos grandes hombres sostuvo al ejército y alentó los ánimos. Bonaparte procuró distraer á sus soldados con diferentes expediciones, haciéndoles olvidar en breve aquel desastre. Quiso también exaltar la imaginación con el aniversario de la fundación de la República que se celebraba en 1.º vendimiario, y mandó grabar sobre la columna de Pompeyo los nombres de los cuarenta primeros soldados muertos en Egipto; eran los que habían sucumbido al atacar la ciudad de Alejandría. Estos cuarenta nombres, salidos de los pueblos de Francia, se asociaban así á la inmortalidad de Pompeyo y de Alejandro. Después dirigió á su ejército la siguiente singular y gran alocución, en la cual se trazaba su maravillosa historia.

«Soldados:

»Celebramos el primer día del año VII de la república.

»Hace cinco años que la independencia del pueblo francés estaba amenazada; pero tomasteis á Tolón, y este fué el presagio de la ruina de vuestros enemigos.

»Un año después batisteis á los austriacos en Dego.

»Al año siguiente os hallabais en la cima de los Alpes.

»Luchasteis contra Mantua hace dos años, alcanzando la célebre victoria de San Jorge.

»El año pasado estabais en las fuentes del Drave y del Isonzo, de regreso de Alemania.

»¿Quién os hubiera dicho entonces que os hallaríais hoy á orillas del Nilo, en el centro del antiguo continente?

»Desde el inglés, célebre en las artes y el comercio, hasta el hediondo y feroz beduino, todo el mundo ha fijado en vosotros sus miradas.

»Soldados: Vuestro destino es hermoso, porque sois dignos de lo que habéis hecho y de la opinión que merecéis. Moriréis con honor, como los bravos cuyos nombres se han inscrito en esa pirámide, ó volveréis á vuestra patria coronados de laureles y seguidos de la admiración de todos los pueblos.

»Cinco meses hace que estamos alejados de Europa, y hemos sido objeto de las continuas solicitudes de nuestros compatriotas. En este día cuarenta millones de ciudadanos celebran la era de los gobiernos representativos; cuarenta millones de ciudadanos piensan en vosotros, y todos dicen: «A sus trabajos, á su sangre, debemos la paz general, el reposo, la prosperidad del comercio y los beneficios de la libertad civil.»